

adormece nuestra vigilancia: no pensamos en la muerte, porque no sabemos en qué edad de nuestra vida colocarla: si al tiempo de nacer sacáramos escrito en nuestra frente el número de nuestros años, y el fatal día en que habian de tener fin, esta idea fixa y cierta, por mas distante que estuviere, nos ocuparía, nos turbaría, y no nos dexaría un instante de sosiego: siempre nos parecería corto el tiempo que aun nos faltaba que vivir. Esta imagen, presente siempre à nuestra memoria, aun contra nuestra voluntad, nos disgustaría de todo, nos haría insípidos todos los placeres, sería motivo de que mirásemos con indiferencia à la fortuna, y de que el mundo entero nos fuese molesto y enfadoso: y esta misma muerte, pudiendo llegar cada día, y en cada instante, nos dexa con todo el amor al mundo, à los placeres, à la fortuna; y porque no tenemos certeza de si moriremos hoy, vivimos como si nuestros años hubieran de ser eternos.

DE LA ELECCION DE ESTADO.

Sermon para el Miercoles de la segunda Semana de Quaresma. Tom. IV. fol. 98.

Regularmente nos determinamos à elegir estado en una edad en que la razon no solamente no es capaz de elegir, sino que ni aun apenas puede conocer. Una accion, en la que aun el mas atento cuidado debiera temer engañarse, es siempre obra de las diversiones y gustos pueriles de la niñez. Apenas sabemos hablar, quando ya se decide el negocio mas serio de la vida; y las irrevocables palabras, que anuncian nuestro destino, son las primeras que nos enseñan à formar, aun antes que podamos

mos entenderlas: acostumbra muy de antemano nuestro tierno entendimiento à estas ideas que nos sugieren: la eleccion de estado no es en nosotros mas que una pura aficion de las ideas que nos han impreso en la niñez; y así, antes que se hayan manifestado nuestras inclinaciones, ni sepámos lo que somos, ya contraemos unos empeños eternos, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Sermon II. para el día de la Purificacion. Tom. II. fol. 60.

SI descubrimos en un niño algunas esperanzas de aquellos talentos propios para lucir en el mundo; si parece mas a proposito que los demás para mantener el esplendor de su familia, se le sepára para la tierra, y se le mira como destinado, y consagrado al mundo por su nacimiento. Por mas que sus deseos de retiro, y abstraccion dén à entender los designios de Dios para con él, se miran estos deseos como ligerezas de la edad: se le contempla como incapáz todavía de poder elegir camino; pero al mismo tiempo se le presenta el del siglo: no queremos apartarle abiertamente de un fin tan santo; pero queremos que antes conozca al mundo, y esperamos à que le haya amado: queremos que se madure su razon, y al mismo tiempo dexamos marchitar su inocencia, y fortificarse sus pasiones: nos persuadimos à que es preciso proporcionarle unos placeres que prueben su resolucion, y le ponemos en unas ocasiones que corrompen su alma; pero quando se hallan los mismos deseos de retiro en aquellos que por el orden de su nacimiento, ó por la cortedad de sus talentos no son tan a proposito para el mundo, ni para desempeñar la vanidad de nuestros proyectos, entonces no somos tan escrupulosos, ni tan mirados: Tomamos acaso enton-

ces tantas medidas para probar si es el espíritu de Dios el que los impele? ¡Ah! Lexos de desconfiar de su edad, y de su niñez, abusamos de ella: en vez de proponernos los inconvenientes de una elección temeraria, se la inspiramos: en vez de darlos à conocer los placeres del mundo, para probar su resolución, solamente cuidamos de apartarlos de ellos, y pintarse los con horribles colores: en vez de representarlos con neutralidad el siglo, y el retiro, los ponemos en unas circunstancias, en que todo los dá à entender lo que nosotros no nos atrevemos à decirlos; y de su educación formamos un camino que los conduzca à nuestros fines: con pretexto de apartarlos de los peligros, ocultamos muy en tiempo el mundo à su vista, para que no les parezca demasiado amable: no los llevamos como desgraciadas víctimas al Altar; pero puede ser que los hagamos desear el retiro, con la aspereza y mal tratamiento que hallan en nosotros.

Sermon para el dia de Santa Inés. Tom. VII.

fol. 3.

¿SE mira esto con tanto escrúpulo quando se trata de un establecimiento que nos asegura un gran puesto, y una inmensa fortuna? ¿Deciden acaso de nuestra elección en el santo Sacramento del Matrimonio las costumbres, la Religión, y la piedad? ¿No son siempre el interés, ò la pasión las que forman los nudos de este sagrado vínculo? En el fatal contrato que une à los contrayentes, se cuentan los títulos, y las riquezas: pero se hace el mismo caso de las virtudes? No se omite diligencia alguna para conunar los intereses; pero no se cuida de conformar los corazones: como los intereses sean unos, ningún caso se hace de que los génios sean diversos: esta sociedad tan santa è indisoluble, regularmente no tiene

mas

mas lazo que la úna, que una secreta oposición de génios, que presto viene à parar en turbarla, y romperla: el mismo amor sensual que une à los esposos, los desune muy presto. La obra de las pasiones no puede ser permanente: muchas veces se procura unir, aunque en vano, lo que Dios habia separado: tantos divorcios escandalosos como estamos viendo, no sirven de escarmiento, ni hacen los matrimonios mas santos y prudentes: y todos los dias vemos perecer, y acabarse las casas mas ilustres por el mismo Sacramento destinado à mantenerlas, y perpetuarlas.

Sermon II. para el dia de la Purificacion. Tom. II.

fol. 62.

LAS mas veces ofrecemos al Señor lo mas despreciable de nuestras familias: escogemos para que sirvan de vasos de honor en el Templo del Dios vivo aquellos vasos de ignominia, que ni aun dignos nos parecen de ser colocados en nuestra casa; y así, reservamos estas piedras inútiles, que despreciamos por incapaces para componer el profano edificio de nuestra fortuna, para que sirvan de piedras angulares, y de columnas en la casa del Señor.

¿Es posible que la ciencia de las ciencias, el gobierno de las almas, ha de pedir menos talento que las ocupaciones frívolas, y las inutilidades de la tierra? La interpretación de los misterios de la fé, la defensa de la verdad y de la doctrina, la instrucción de los pueblos, la distribución de las gracias de la Iglesia, unas obligaciones tan sublimes, se han de abandonar à unos talentos inútiles, y à unos entendimientos cortos, y regulares? La fuerza para resistir al error, la luz, y la elevación para conocerle y confundirle, el zelo para impugnar al mundo y sus

H 2

má-

máximas, la santidad para corregirle, la plenitud del espíritu de Dios para moverle, la eloqüencia santa para conocerle, la intrepidez para no respetarle, la grandeza de ánimo para ser superior à sus amenazas y promesas, ¿son acaso todos estos ministerios unos ministerios viles y despreciables? ¿Acaso se necesita de menos felices disposiciones para tan sublimes ejercicios, que para las diversiones del mundo, y para las pueriles inquietudes en que consisten las mas sérias ocupaciones de los hombres?

Sermon para el Miercoles de la II. Semana de Quaresma. Tom. IV. fol. 100.

Todos procuran no dar à sus hijos aquellas instrucciones de que les pesaria mucho que se aprovechasen; y aún los apartan de las personas y lugares en donde podrian aprenderlas. Continuamente los están ponderando los inconvenientes de un estado que no se acomoda con los intereses de su casa: los exageran las comodidades y ventajas de aquel à que los destinan; y se valen de sus mismas pasiones para inspirarlos una eleccion que debe conducirlos à comba- tirlos: el orden de la naturaleza es el que regularmente decide en esta eleccion. No se atiende à mas señales de vocacion, que al orden del nacimiento, ò al estado de la fortuna: se persuaden à que el ser primogenito de una familia, es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos, y dignidades de nuestros mayores: que el ser el segundo en casa paterna, es un derecho que nos abre las puertas de la casa del Señor: que un alto nacimiento con una mediana fortuna, es un poderoso motivo para elegir à Jesu-Christo por Esposo.

Ser-

*Sermon II. para el dia de la Purificacion.
Tom. II. fol. 63.*

Nosotros queremos tantas, y tan sublimes prendas en los que están dedicados à los santos misterios: queremos que sus costumbres sean irreprehensibles, que resplandezcan con la santidad de su vida, como astros entre las tinieblas, y entre la general corrupcion del mundo: queremos que aclaren nuestras dudas, que enmienden nuestros desórdenes, que nos consuelen en nuestras aflicciones: queremos que sean depositarios de la doctrina, y de la verdad, y oráculos de la tierra: que estén siempre dispuestos à dar razon de nuestra fé, y à humillar toda la altivez que se levanta contra la ciencia de Dios; pero nosotros mismos somos quienes los ha puesto en la Iglesia: el Señor los ha recibido de nuestras manos; y si no presentamos en el Templo mas que lo peor y mas defectuoso, como hemos de hallar en él lo mas raro y excelente de la tierra? Despues de esto convertimos nosotros mismos sus desórdenes y su ignorancia en motivo para nuestras burlas y censuras: esta obra que miramos como tan digna de desprecio, ¿no es obra de nuestras manos? ¿No fue nuestra codicia la que colocó en el Altar estos despreciables ídolos que insultamos? Si el Señor se escogiera él mismo sus víctimas, ¿serían éstas tan indignas de su Magestad? Los santos retiros ocultarian tantos disgustos, tantas flaquezas, y tantas murmuraciones?

Ser-

Sermon para el Miercoles de la II. Semana de Quaresma. Tom. IV. fol. 106.

EL respeto humano es regularmente el que tiene mas parte en la decision de nuestro destino, y el que nos hace elegir lo mismo que desaprueban nuestras inclinaciones: unos siguen la carrera de las armas, quando su génio, su gusto, y aun su interés los apartan de ella; porque habiendo nacido de una familia ilustre, no se atreven à dedicarse à los cuidados domésticos, porque miraria el mundo este descansa como una infame cobardía: otros prefieren un celibato peligroso à una eleccion que los afrentaria para con el mundo; y mas quieren exponerse à las resultas de la fragilidad, que afrentar su nombre con una alianza desigual: otros sin tener amor alguno al retiro, se dedican à él por pura desesperacion; porque no teniendo medios para mantener lo ilustre de su nacimiento, y establecerse cómodamente en el mundo, les parece mas honroso, à la vista de los hombres, un santo retiro, que una fortuna baxa y despreciable: casi nadie sigue el dictámen de su corazon para decidir de su destino: el que es dueño de sí, cede al temor del mundo, y de sus juicios: en la edad tierna se mira como ley la voluntad de aquellos à quienes debemos la vida: no nos atrevemos à manifestar deseo alguno que sea opuesto à sus designios, y disimulamos una repugnancia, que con el tiempo viene à parar en delito. Algunos padres bárbaros è inhumanos, por ensalzar à uno solo de sus hijos à mayor fortuna que sus antepasados, y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar los demás, y precipitarlos en el abismo: sacan del mundo à unos hijos, à quienes solamente la autoridad que sobre ellos tienen les hace amar el retiro: llevan al Altar unas des-

gra-

graciadas víctimas, que mas van à ser sacrificadas à la codicia de sus padres, que à la grandeza del Dios que en él se adora: con tal que el que lleva la sucesion de la familia, luzca, brille, y sea estimado del mundo, importa poco que las sagradas tinieblas oculten los pesares, los disgustos y las lágrimas del que solamente está patente à la vista de Dios.

¿Puede Dios haber sujetado sus designios à la altanería de las conveniencias humanas? ¿Han de estar vinculados los talentos propios para un estado al orden del nacimiento en las familias? ¿Se ha de conformar el gusto que nos inspira esta eleccion con el orden del nacimiento? ¿Ha de haber formado la naturaleza el corazon de los hermanos segundos mas a proposito para cumplir con las santas y sublimes obligaciones del Sacerdocio, que el de los demás hermanos?

Si esperamos à una edad madura para elegir estado, la casualidad, ò la ocasion son quien regularmente decide en este punto: una sagrada dignidad que no esperabamos, nos despoja inmediatamente de la ignominia del siglo, y nos coloca en el lugar santo: la muerte de un hermano mayor, muda nuestras ideas, y nos vuelve al mundo, de donde habiamos salido: nuestra vocacion à el Altar espira à proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas para la tierra: un simple enfado suele ser muchas veces la poderosa razon que nos aparta del siglo, y nos precipita en el retiro: Una amistad estrecha suele hacernos seguir la fortuna, y la suerte de nuestro amigo: finalmente, entre todas las elecciones, en ninguna tiene menos parte la prudencia christiana, que en la del estado de vida; y por eso en esta eleccion son mas frecuentes los engaños.

La prosperidad de las casas no siempre estriva en la fortuna, sino en el génio particular, y en la

vir-

virtud de los que las sostienen ; y así , su decadencia , y sus calamidades son como una maldición que Dios ha vinculado al delito de las vocaciones forzadas : algunos padres sacrifican los desgraciados hijos menores à la grandeza de los primogénitos : éstos se debilitan con los excesos , mueren sin sucesion , y con ellos , y con el forzado Sacerdocio de sus hermanos , se acaban sus familias : ¿ Quántas casas ilustres , de las que ya no hay memoria , subsistieran hoy , si estos sacrificios de ambición y codicia no hubieran destruído sus fundamentos , y sepultado su nombre , y toda su grandeza entre sus ruinas ?

DE LOS TALENTOS.

*Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. X.
fol 98.*

¿ **Q**ué otra cosa son los grandes talentos , mas que grandes vicios , si solamente los empleamos para nosotros mismos ? ¿ De qué sirven en nuestras manos , sino de instrumentos de las públicas desgracias , y de motivo para nuestra perdicion , y condenacion eterna ? ¿ Qué cosa es un Soberano que nace con un valor activo , y cuyos rayos se dexan ver por todas partes desde sus mas tiernos años , si no le rige , y le modera el santo temor de Dios ? Es un astro nuevo y maléfico , que anuncia calamidades à la tierra : quanto mas crezca en esta funesta ciencia , mas crecerán con él las miserias públicas. Sus empresas , aun las mas temerarias , serán un dique muy débil , incapáz de resistir al ímpetu de su carrera : le parecerá que con el resplandor de sus victorias borra su temeridad y su injusticia : la esperanza de un feliz suceso será el único título que justifique la equidad

dad de sus armas : todo quanto le parezca glorioso , lo tendrá por legítimo : mirará el prudente y magestuoso sosiego como un ocio infame , y como un tiempo que se usurpa à su gloria : tendrá por enemigos à sus vecinos , luego que se halle con poder para conquistarlos : la sangre y las lágrimas de sus mismos pueblos serán la triste materia de sus triunfos : arruinará sus propios estados , por adquirir otros nuevos : armará contra sí à los pueblos y naciones : turbará la paz del Universo ; y se hará famoso , haciendo à muchos infelices : ¡ qué azote éste para el linage humano ! Si hay algun pueblo en la tierra capáz de tributarle elogios , no se le puede dar mayor castigo que deseárselo un Príncipe semejante.

*Oracion fúnebre de Monseñor de Villerói. Tom. VIII.
fol. 45.*

EN las revoluciones de un estado es gran fortuna hallar un hombre dotado de todas aquellas grandes prendas que son necesarias para el gobierno : todos quieren mezclarse en los negocios públicos , aun quando no tengan capacidad para ello : mas quieren ser necesarios en las asambleas de los malos , que útiles en el partido de los justos : con pretexto de buscar medios para manifestar su mérito , proporcionan à su ambicion arbitrios infames , y pecaminosos ; y muchas veces abandonan su obligacion , sin mas interés que el no haberla podido desempeñar con dignidad y grandeza. La Francia ha visto en casi todos los siglos algunos de estos hombres hábiles , nacidos para manejar los intereses de los Príncipes , y para dar movimiento à todas las máquinas del Estado ; pero que al mismo tiempo que estaban encargados de los negocios públicos , eran universalmente aborrecidos ; que se les